

La opción teológico-pastoral del pontificado de Francisco

Rafael Luciani *

Doctor en Teología
Universidad Católica Andrés Bello (Caracas, Venezuela)
Boston College (Boston, MA)
E-mail: lucianir@bc.edu

Recibido: 4 de febrero de 2016
Aceptado: 16 de febrero de 2016

RESUMEN: La *Evangelii Gaudium* y los discursos ofrecidos durante los viajes apostólicos a Latinoamérica han dejado clara la opción teológico-pastoral del Papa Francisco. Para comprender esto hay que adentrarse en la teología argentina del pueblo, así como en el desarrollo de la vida de la Iglesia Latinoamericana y la opción por los pobres que va desde *Medellín* hasta *Aparecida*. Este artículo se centra en tres elementos de esta opción que inspira a Francisco: la teología del pueblo, la relación entre la teología y la cultura y, finalmente, la construcción de la ciudadanía en la cual la categoría “pueblo” adquiere diversos tintes, como son el pueblo-fiel, el pueblo-pobre y el pueblo-nación.

PALABRAS CLAVE: cultura, Iglesia, magisterio, papa Francisco, pobres, pueblo, teología de la liberación, teología del pueblo.

1. Teología y pueblo: una opción que nace el contexto de la teología del pueblo¹

El viaje apostólico de Francisco a Sudamérica realizado en julio de 2015 –una travesía en la que visitó Ecuador, Bolivia y Paraguay– representó un giro importante en

la comprensión de su pontificado. Fue el inicio de una etapa en la que dejó claro el nexo existente entre sus discursos y los lineamientos teológico y pastorales propuestos por la llamada teología del pueblo o teología de la cultura, nexo que había dado a conocer oficialmente en el año 2013 con la publicación de la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*.

La teología del pueblo es una rama de la teología latinoamericana de la liberación desarrollada en

* Su más reciente publicación es: *Al estilo de Jesús* (PPC).

¹ Véase: J. C. SCANNONE, “El Papa Francisco y la teología del pueblo”, en *Razón y Fe* 1395 (2014), 31-50.

Argentina por los teólogos Lucio Gera² y Rafael Tello³. Fue asumida por el episcopado argentino en 1969. Sin embargo, sus orígenes se remontan al año 1966 cuando se crea la Coepal (Comisión Episcopal de Pastoral), que acuña el término “pueblo” como la existencia de una cultura común, enraizada en una historia común y comprometida con el bien común.

La Coepal se propuso interiorizar el espíritu del Concilio Vaticano II y asumió la tarea de consolidar una forma comunitaria de ser Iglesia mediante la promoción de estructuras colegiadas⁴ que favo-

recieran la defensa de la dignidad humana y la promoción de una religión liberadora⁵. Siguiendo el espíritu de *aggiornamento*, los obispos argentinos se comprometían a realizar una reforma de las mentalidades y de las normas que regulaban las estructuras de la Iglesia. En fin, deseaban una «conciencia más viva de sí misma, reforma, diálogo con los demás hermanos cristianos y apertura al mundo de hoy: las cuatro finalidades del Concilio»⁶.

Lucio Gera (1924-2012), autor de *Sobre el misterio del pobre*⁷, entre muchos otros escritos, fue quien dotó de perfil propio a esta rama de la teología latinoamericana. Para él, la teología del pueblo no buscaba el cambio de las estructuras sociales y políticas por sí mismas, sino el discernimiento de la misión e identidad de la institución eclesial a partir de una opción por el pueblo pobre, expresada en un

² Cf. V. R. AZCUY – C. GALLI – M. GONZÁLEZ (eds.), *Escritos Teológico-Pastorales de Lucio Gera I: del preconcilio a la Conferencia de Puebla (1956-1981)*, Ágape, Buenos Aires 2006; ID., II: *de la Conferencia de Puebla a nuestros días*, Ágape, Buenos Aires 2007.

³ Cf. R. TELLO, *La Nueva Evangelización. Escritos teológico-pastorales I*, Ágape, Buenos Aires 2008; ID., *Pueblo y Cultura Popular*, Ágape, Buenos Aires 2011.

⁴ «Nuestra gran tarea del momento actual, para realizar la etapa posconciliar, debe consistir en tres cosas: 1) Penetrarnos del Concilio. Asimilarlo por la reflexión y la interiorización de sus ideas y de su espíritu; 2) Consolidar y perfeccionar la forma comunitaria de la Iglesia y sus estructuras colegiadas; 3) Fomentar una mayor apertura al mundo». Cf. *Declaración pastoral del episcopado argentino* «La Iglesia en el período postconciliar» (13 de mayo de 1966).

⁵ «Lamentamos el pernicioso influjo de quienes denuncian a la religión como opuesta a la liberación del hombre, y rechazamos la acusación de que la esperanza en la otra vida disminuye el interés en las tareas temporales». Cf. *Ibid.*

⁶ *Ibid.*

⁷ Seguimos la edición publicada en: V. R. AZCUY – C. GALLI – M. GONZÁLEZ (eds.), *Escritos Teológico-Pastorales de Lucio Gera I: del preconcilio a la Conferencia de Puebla (1956-1981)*, 121-167.

firme discurso religioso que impulsara el diálogo sociopolítico y promoviera una praxis pastoral informada por la justicia social como valor de ese pueblo fiel a Jesús⁸. En esa dirección, entiende que la cultura es un lugar de mediación para el conocimiento de la realidad y, específicamente, la cultura popular, ámbito donde se puede conocer al pobre y su mundo de vida. De ahí que la opción por los pobres pase a ser una elección por la cultura popular, por su conocimiento, preservación y potenciación.

Gera piensa a los pobres como pueblo, como sujeto colectivo de una historia, con un *ethos* cultural propio, cuya alma o corazón religioso apuesta siempre por la esperanza desde las experiencias límite y de carencia material en las que vive⁹. Esta noción exige insertarse en el mundo de valores propios del mundo de vida popular para luego teorizarlo y evangelizarlo. La evangelización no se reducirá

a su promoción social, pero tampoco será entendida como mera formación doctrinaria, sino que implicará, sobre todo, acciones de reconocimiento social y potenciación de la riqueza cultural de cada pueblo. Esto se traducirá en la apuesta por la promoción integral del sujeto humano, el fomento del diálogo sociopolítico y la práctica de la justicia social en el marco de una religión que libere a las personas al mostrarles el rostro bienaventurado de la historia.

Ya desde los años setenta el futuro Papa Francisco tenía una imagen muy clara de esta visión de conjunto entendiendo la unidad entre la condición política del cristiano y la acción pastoral de la Iglesia. Así lo hizo saber en el discurso de apertura de la Congregación Provincial XIV de la Compañía de Jesús en 1974, donde explica cómo la praxis cristiana –tanto religiosa como sociopolítica– ha de centrarse en la fraternidad solidaria, la justicia social y el bien común, antes que en nociones como patria, revolución, conservadores o liberales, que son excluyentes frente a toda disidencia o alternativa. Aquí, Bergoglio insiste en que «bastaría recordar los infecundos enfrentamientos con la jerarquía, los conflictos desgastantes entre “alas” (“progresista” o “reaccionaria”) dentro de la Iglesia, que ter-

⁸ Me remito a: S. POLITI, *Teología del pueblo: una propuesta argentina a la teología latinoamericana 1967-1975*, Castañeda – Guadalupe, San Antonio de Padua – Buenos Aires 1992.

⁹ Cf. L. GERA, “Entrevista al cumplir sus 50 años de sacerdocio”, en V. R. Azcuy – P. Scervino (coord.), *Ministerio peregrino y mendicante. Lucio Gera 50 años de sacerdocio*, en *Nuevo Mundo* 55 (1998), 37-63; 51-52.

minaron dando más importancia a las partes que al todo».

Por ello, la opción teológico-pastoral que el Pontífice fue haciendo no se redujo al análisis de las condiciones económicas y socio-políticas para interpretarlas a la luz del método marxista, como sí aconteció en otras ramas de la teología de la liberación. Influído por el pensamiento de Lucio Gera, entendió que el punto de partida tenía que ser la conexión real con el pueblo y el estudio de su cultura o *ethos* común. Es ahí donde se ha de encontrar tanto lo que *de facto* aparezca como obstáculo para su desarrollo integral (socioeconómico, político y religioso) como lo positivo que se deba salvaguardar frente a toda influencia externa que pretenda ideologizar al pueblo y hacerlo perder su identidad, porque «un pueblo que olvida su pasado, su historia, sus raíces, no tiene futuro» (Bolivia, 7 de octubre de 2015).

En fin, se opta por el pobre desde el pobre mismo, respetando su modo propio de ser, para reconocerlo afectiva y efectivamente como verdadero sujeto de un proceso histórico de desarrollo y liberación. Es, precisamente, su modo de ser el que nos puede evangelizar:

«Podemos constatar en los pobres algunos valores profundamente cristianos: una espontánea atención al otro, una capacidad de dedicar tiempo a los demás y de acudir a socorrer a otro sin cálculos de tiempo ni de sacrificios, mientras los ilustrados, con una vida más organizada, difícilmente conceden a otros tiempo, atención y renuncias de un modo espontáneo, gustoso y desinteresado»¹⁰.

Para conocer esta realidad, la teología del pueblo asume cuatro instancias a tomar en cuenta a fin de poder descubrir el *ethos* propio de la realidad popular: «La revalorización del catolicismo popular, los aportes de las ciencias sociales y humanas, las experiencias de pastoral popular y la reflexión teológica académica que acompaña y orienta la praxis pastoral»¹¹. Es aquí donde cobra importancia el sentido de la fe en los pueblos, pues

«la fe critica a las ideologías en su pretensión reductiva, totalizadora y absolutizante, sea que se trate de ideologías conservadoras o de revolucionarias (de signo

¹⁰ V. M. FERNÁNDEZ, “El *sensus populi*: la legitimidad de una teología desde el pueblo”, en *Teología* 72 (1998), 139.

¹¹ C. GALLI, “Evangelización, cultura y teología. El aporte de J. C. Scannone a una teología inculturada”, en *Revista Teología* 58 (1991), 195.

marxista o nacional-populista). Pero la fe también asume las utopías sin identificarse con ellas, en cuanto ellas, pasando por el discernimiento salvífico, se abren a la plenitud de lo humano, a la novedad histórica y a Dios. Este discernimiento se hace en la praxis, pero también por ella»¹².

No son pocos los que cuestionan esta influencia en el magisterio del Papa Francisco. Muchas de las críticas provienen de contextos socioculturales ilustrados o del primer mundo, así como de personalidades eclesíásticas y grupos religiosos conservadores. Como lo explica el teólogo argentino Víctor M. Fernández:

«[...] Se acostumbra a decir que la teología del pueblo opta por las masas ignorantes, faltas de cultura y de pensamiento crítico. Lo que la teología del pueblo defiende es algo muy diferente. Significa considerar los pobres no tanto como el mero objeto de una liberación o una educación, sino como individuos capaces de pensar con sus categorías, capaces de vivir legítimamente la fe a su manera, capaces de crear caminos a partir de su cultura popular. Que incluso se expresen o miren la vida de una manera diferente, no significa que no piensen o no ten-

gan una cultura; es simplemente una cultura diferente»¹³.

La invitación del magisterio de Francisco es la vivencia de un cristianismo profético que sepa discernir la validez ética y la verdad moral de los medios sociopolíticos y religiosos que se utilicen. Es ahí donde se mide la necesidad de un cambio de orientación tanto en la vida política de un país como en las formas institucionales que la Iglesia necesita cimentar para recuperar su credibilidad en medio del mundo actual. La Iglesia está obligada a contribuir con estos procesos de cambio porque ella, «junto con las diversas fuerzas sociales, acompaña las propuestas que mejor respondan a la dignidad de la persona humana y al bien común [...] para transmitir convicciones que luego puedan traducirse en acciones políticas» (*Evangelii Gaudium*¹⁴ n. 241).

2. Pueblo y cultura: una opción popular y relacional, pero no populista

La lectura teológica y profética que aflora en el magisterio de Francis-

¹² J. C. SCANNONE, "La teología de la liberación", en *Concilium* 93 (1974), 467.

¹³ P. RODARI, "Conversaciones con Víctor Manuel Fernández", en *Iglesia Viva* 259 (2014), 65.

¹⁴ En adelante, abreviamos: EG.

co se nutre de su experiencia con el mundo de vida popular, pero sin conectar con visiones populistas o localistas. Siguiendo a las teologías latinoamericanas, él entiende que el «pobre es una categoría teológica» (EG n. 198). Y en concreto, cristológica, porque en los pobres «vemos el rostro y la carne de Cristo, que se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Co 8, 9). Los pobres son la carne de Cristo» (Paraguay, 11 de julio de 2015). Se trata de una opción que es condición *sine qua non* para la vida cristiana porque la propuesta de Jesús, que es la del Reino de Dios, no es la de una relación privada e íntima con Dios (cf. EG n. 183), sino la de una relación que implica construir una sociedad de fraternidad, paz, justicia y dignidad para todos (cf. EG n. 180).

La opción por los pobres no es una elección solamente por cada individuo pobre que encontremos en el camino, sino que es también una escogencia estructural (conlleva al cambio socioeconómico) y estructuradora (exige un cambio de mentalidad, como sostiene Francisco siguiendo la expresión de Lucio Gera) de toda la vida del cristiano. Es una postura que asume la defensa del planeta a partir de los más afectados y sufridos, a saber, el pueblo-pobre en su conjunto, porque «en cada nación, los

habitantes desarrollan la dimensión social de sus vidas configurándose como ciudadanos responsables en el seno de un pueblo, no como masa arrastrada por las fuerzas dominantes» (EG n. 220). Como recuerda el Pontífice, no se salvan los individuos aislados, sino también «las relaciones sociales entre los hombres», es decir, cada uno pero *en y con* relación al pueblo donde vive (cf. EG n. 178).

En este sentido, teológicamente,

«hablar de un *sensus populi* es más rico que llamarle *sensus fidelium*. El sujeto del *sensus fidelium* podría ser simplemente la suma de individuos que creen las mismas verdades. En cambio, el *sensus populi* tiene un *sujeto comunitario*, el Pueblo, que a partir de su común experiencia cristiana se expresa produciendo una cultura propia y peculiar que brinda a otros un acceso a esa misma experiencia: *el Pueblo evangeliza al Pueblo*»¹⁵.

Siguiendo al teólogo venezolano Pedro Trigo, jesuita, podemos afirmar que «la teología de la liberación propone, como novedad histórica fundada en el Evangelio, la constitución del pueblo como *sujeto histórico* tanto en la sociedad

¹⁵ V. M. FERNÁNDEZ, "El *sensus populi*: la legitimidad de una teología desde el pueblo", en *Teología* 72 (1998), 162.

como en la Iglesia»¹⁶. Por ello, hablar de opción por los pobres implica, pues, una elección por los *pueblos-pobres*, como nos explica Lucio Gera:

«La experiencia de *no poder* lleva al pobre a sentir la necesidad también de otros seres humanos, a pedir, a reclamar y exigir a otros, a los que tienen poder, la justicia y el afecto que se les debe. La primera condición para pertenecer a un pueblo es la conciencia de necesitar de otros y esta es, en el pobre, una conciencia viva y herida. Por eso, de sí, es más capaz de ser solidario, más capaz de *ser en un pueblo*. Por esto llamamos pueblo a la multitud de pobres»¹⁷.

¿Qué es, entonces, el “pueblo” para Francisco? ¿De dónde proviene esta categoría que es portadora de una realidad salvífica sin igual y que permea su magisterio pontificio? Algunas ramas de la teología de la liberación plantearon la noción de pueblo desde las categorías de *pueblo-pobre* y *pueblo-nación*,

haciendo énfasis en una dialéctica de «clases» que exigía a lo político como vía de transformación del pueblo-pobre (unidad de clase) en pueblo-nación (unidad política). Varias corrientes entendieron que este era el camino para superar la exclusión social. Sin embargo, la teología desarrollada en Argentina entendió con esta categoría –pueblo– una dinámica de liberación más amplia que supera los intereses de una clase social o los proyectos ideológicos de una nación. Como sostiene el teólogo argentino Juan Carlos Scannone, de la Compañía de Jesús, el pueblo es aquel que comparte un modo de vida y un proyecto político que anhela el bien común¹⁸.

Cuando Francisco usa la noción de pueblo lo hace en tres sentidos: *pueblo-pobre*, *pueblo-nación* y *pueblo-fiel*. El pueblo-pobre es el marginado y excluido de los canales de participación sociopolítica y económica. En la Argentina de los setenta, este hacía referencia a los “descamisados y obreros”. A dicha noción pertenecen los que no tienen posibilidades reales de desarrollo, cuyas condiciones de vida están marcadas por la miseria y la exclusión. Constituyen la ma-

¹⁶ P. TRIGO, “Teología de la liberación y cultura”, en *Revista Latinoamericana de Teología* 4 (1985), 89.

¹⁷ L. GERA, “Pueblo, religión del pueblo e Iglesia”, en *Teología: revista de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina* 27-28 (1976), 99-123. Ponencia presentada en la semana organizada por el Celam sobre Religiosidad popular en América Latina (Bogotá, 26 de agosto de 1976).

¹⁸ Cf. J. C. SCANNONE, “La teología argentina del pueblo”, en *Gregorianum* 96 (2015), 12-13.

yoría de la humanidad y los más afectados por el actual sistema de desarrollo global.

El pueblo, así entendido, es lugar para la interpretación de su cultura, y no la razón de una ilustración que lo estudia desde otras formas de pensamiento o ideologías externas a su propio mundo de vida y de creencias. Esta aproximación analítica desde la hermenéutica cultural entiende a la religión popular como el medio idóneo para la comprensión de sus luchas, esperanzas y anhelos, así como la fuerza que lo acompaña y da sentido en su día a día. El recurso a la mediación del análisis histórico-cultural, y no solo socio-analítico, es propio de esta vertiente de la teología latinoamericana. La cultura popular adquiere, para Francisco, un estatuto teológico, porque «de la misma forma que escuchamos a nuestro Padre es como escuchamos al Pueblo fiel de Dios. Si no lo hacemos con los mismos oídos, con la misma capacidad de escuchar, con el mismo corazón, algo se quebró»¹⁹.

No se trata de idealizar el mundo de vida de los pobres, sino de reconocer que padecen situaciones

límite fruto de una injusticia producida por estructuras socioeconómicas no queridas por Dios. Se trata de compadecernos, afectiva y efectivamente, y asumir la lucha por su causa en pro de un mundo mejor, más humano e inclusivo. Los pobres viven a diario la pesadumbre anímica como consecuencia de la exclusión y la impotencia a la que están sometidos, las cuales no asumen desde la frustración o la violencia, sino desde la experiencia de lo religioso. Es gente mayoritariamente pobre que quiere llegar a ser *pueblo-nación*, pero se vive y se entiende, ante todo, como *pueblo-fiel* porque lo religioso le dota de sentido, de esperanza y de aliento para seguir luchando contraculturalmente.

Asumir el paradigma de la cultura popular, donde aún se preserva la interdependencia humana, es captar el mundo de vida que brota de

«ese arraigo al barrio, a la tierra, al oficio, al gremio, ese reconocerse en el rostro del otro, esa proximidad del día a día, con sus miserias porque las hay, las tenemos y sus heroísmos cotidianos, pero es lo que permite ejercer el mandato del amor, no a partir de ideas o conceptos sino a partir del encuentro genuino entre personas. Necesitamos instaurar esta cultura del encuentro porque ni los conceptos ni las ideas

¹⁹ Véase el discurso del papa Francisco en el II Encuentro Mundial de Movimientos Populares (Santa Cruz, Bolivia, 9 de julio de 2015).

se aman; se aman las personas»
(Bolivia, 9 de julio de 2015).

De esta experiencia que privilegia a la cultura del encuentro se va decantando una moralidad que ya no se guía por los criterios de lo políticamente correcto, lo convencional o establecido. Es esta cultura del encuentro la que manifiesta la primacía del otro y es capaz de evangelizarnos. Al respecto, Francisco sigue el pensamiento de Tello quien:

«Ve que el pueblo pobre, aunque desarrolle poco o mal algunos aspectos de la moral cristiana, debido a los muchos condicionamientos que lo limitan, sin embargo ha desarrollado mucho más que los ilustrados otros aspectos de la moralidad: en primer lugar, una *espontánea* (signo de autenticidad) y firme confianza en Dios y un espíritu de profunda adoración; además, un sentido de la solidaridad también *espontáneo*, que no necesita tanto de motivaciones que lo movilicen, como ocurre normalmente en el ilustrado»²⁰.

La cultura popular es fruto de un proceso que se ha ido construyendo a partir de un éxodo masivo

²⁰ V. M. FERNÁNDEZ, "Con los pobres hasta el fondo: el pensamiento teológico de Rafael Tello", en *Proyecto 36* (2000), 201.

del campo a las ciudades. Y es ahí, y en ese proceso mismo, donde se han ido formando sus rasgos socioculturales propios y distintivos. Ahora bien:

«No ha sido un éxodo planificado. Cada quien fue por su cuenta. Tuvo que invadir un pedazo de tierra para construir él mismo su casa, conseguir un trabajito hasta lograr una relativa estabilidad y especialización, luchó por los servicios fundamentales, consiguió sacar adelante a la familia, algunos hijos hasta se graduaron en la universidad, encontró algunos amigos fieles y edificó poco a poco una comprensión de lo que le había sucedido, de lo que estaba sucediendo y aun conceptos generales del mundo y de la vida. Este modo humano concreto de producir la vida ¿no constituye una cultura?»²¹.

Esta opción por el pueblo-pobre es la que permite construir el verdadero bien común y lograr el ímpetu necesario para alcanzar una unidad superior, la nacional, desde donde se puede superar el influjo de las ideologías externas, marxistas y liberales, socialistas y capitalistas, que solo buscan destruir su memoria e identidad, y homogeneizar las sociedades sin tomar en cuenta las diferen-

²¹ P. TRIGO, *art. cit.*, 90-91.

cias culturales existentes en ellas como verdaderos valores de humanización, de desarrollo (cf. *EG* n. 220).

Francisco no está planteando un populismo pastoral. No estamos ante una teología populista, ya que «el término pueblo se distingue de la palabra masa porque presupone un sujeto colectivo capaz de generar sus propios procesos históricos»²². Como lo describe O'Farrell, hablar de pueblo «representa una entidad concreta o, más bien, un sujeto histórico y colectivo o político, capaz de asumir el bien de todos como un valor común y duradero»²³. Y en cuanto sujeto, «cada pueblo es el creador de su cultura y el protagonista de su historia» (*EG* n. 122). No se trata, pues, de asumir la actitud populista de dar dádivas y convertir al pueblo-pobre en objeto, ni político ni pastoral.

Se entiende, pues, por “pueblo” un grupo de personas, un sujeto colectivo, que comparte una cultura común, que está unido por una misma historia y que posee un proyecto de vida compartido²⁴,

y lo viven a pesar de las condiciones socioeconómicas negativas que padecen y de las fuerzas históricas que aún siguen provocando pobreza y miseria inspiradas en el fetichismo de los mercados (cf. *EG* n. 204). La opción por los pueblos pobres pasa por la construcción del bien común y la lucha en contra de la pobreza, de todo lo que la causa. Se trata de una elección que brota de la regla de oro: «Haced con los demás lo mismo que queréis que los demás hagan con vosotros» (Mt 7,12). O como ha explicado Francisco:

«[...] Tratemos a los demás con la misma pasión y compasión con la que queremos ser tratados. Busquemos para los demás las mismas posibilidades que deseamos para nosotros. Acompañemos el crecimiento de los otros como queremos ser acompañados. En definitiva: queremos seguridad, demos seguridad; queremos vida, demos vida; queremos oportunidades, brindemos oportunidades. El parámetro que usemos para los demás será el parámetro que el tiempo usará con nosotros» (Washington, 25 de septiembre de 2015).

²² P. RODARI, *art. cit.*, 65.

²³ J. O'FARRELL, *América Latina: ¿cuáles son tus problemas?*, Patria Grande, Buenos Aires 1976, 17.

²⁴ Cf. B. DÍAZ, “Alberto Methol Ferré: una influencia fundamental en el pen-

samiento del papa Francisco”, en *Cuadernos del Claeh* 101 (2015), 67.

3. Llamados a ser ciudadanos en el seno de un pueblo

No fueron pocos los conflictos y las divisiones a raíz de los intentos de poner en práctica la pastoral popular. En los años setenta, Argentina vivía entre conflictos sociopolíticos y serias divisiones al interior de la Iglesia católica. Es conocido que una parte importante del clero y de la vida religiosa apoyaba al peronismo. En medio de esta situación, el padre Bergoglio, quien fue entonces provincial de los jesuitas en su país, advirtió acerca de «los infecundos y desgastantes conflictos entre “alas” (por ejemplo, “progresista” o “reaccionaria”) dentro de la Iglesia. Terminamos dando más importancia a las partes que al todo». En el discurso a la apertura de la Congregación Provincial de los jesuitas, anteriormente mencionada, el futuro Papa manifestó «la convicción de que es necesario superar contradicciones estériles intraeclesiales para poder enrolarnos en una real estrategia apostólica».

A raíz de esta experiencia de divisiones y fracturas sociopolíticas y eclesiales, nace la necesidad de proponer un nuevo ideal, un proyecto de nación (entendido como “pueblo nación”) y de Iglesia (pueblo de Dios y pueblo fiel). Ber-

goglio se propuso fomentar una unidad mayor ante esta coyuntura entendiendo que el bien común es más importante que cada postura y que cada opción individual, a las cuales se refiere como “las partes”. Al absolutizar la visión individual, se anula el diálogo y toda posibilidad de alcanzar al bien común, dejando a un lado la posibilidad de una opción real por los pobres y su desarrollo.

En este contexto va desarrollando el tema de la construcción de dicha unidad mayor del pueblo-nación a partir del bien común. Esto aparece como central en la teología que lo inspira y en su praxis pastoral. Pero ello implicaba que la Iglesia debía encarnarse en la realidad de los pueblos pobres, conocer su religiosidad, dejarse evangelizar por ellos y apostar por su reconocimiento cultural y desarrollo socioeconómico. Es así, inspirado en Mons. Pironio, Bergoglio entendió que «la evangelización está en relación directa a la promoción humana y la liberación plena de los pueblos»²⁵. Pero el primer paso era captar la esencia de la cultura popular, entender su mundo de vida. Eso propio de la cultura que es su alma:

²⁵ Eduardo F. Pironio, “La evangelización del mundo de hoy en América Latina”. Exposición presentada en el Sínodo Episcopal de 1974.

«Nuestro pueblo tiene *alma*, y porque podemos hablar del alma de un pueblo, podemos hablar de una hermenéutica, de una manera de ver la realidad, de una conciencia. Hoy, en medio de los conflictos, este pueblo nos enseña que no hay que hacerle caso a aquellos que pretenden destilar la realidad en ideas, que no nos sirven los intelectuales sin talento, ni los eticistas sin bondad, sino que hay que apelar a lo hondo de nuestra dignidad como pueblo, apelar a nuestra sabiduría, apelar a nuestras reservas culturales»²⁶.

Para poder caminar en esta dirección, Bergoglio sabía que se necesitaba el cambio de algunas “mentalidades” –usando el lenguaje de Lucio Gera– que impiden alcanzar este fin, siendo obstáculos para la conversión pastoral de la Iglesia. ¿Qué criterios se deberían tomar en cuenta, entonces, para lograr el bien y el desarrollo integral del pueblo y para que la Iglesia pueda ser fiel a su seguimiento de Jesús y hacer que acontezca el espíritu conciliar del Vaticano II?

En cuanto al discernimiento de las “mentalidades” propone lo siguiente. Primero, y con todo realismo, entiende que no llegaremos

a la unidad mientras exista la tentación de obviar los conflictos y no asumirlos. A este tipo de actitud la llama “abstraccionismo espiritualista”. Segundo, tampoco se logrará si se aplican políticas económicas y públicas alejadas de los fines cristianos, como por ejemplo las visiones ideológicas que quieren ser impuestas a los más pobres y vulnerables por aquellos grupos que están en el poder sea de índole política, económica o religiosa. A esta mentalidad le da el nombre de tentación del “metodologismo funcionalista” y de las “ideologías abstractas”. Tercero, se deben evitar posturas “eticistas” o moralizantes, es decir, aquellas que “aislan la conciencia de los procesos y hacen proyectos formales más que reales”. A este tipo de mentalidad la denomina la “moralina de los curas”. Así lo explica durante su exposición en la *VIII Jornada de Pastoral Social* en Buenos Aires (2005).

A estos criterios añade otros que tocan al discernimiento de los procesos de participación en la vida pública. Estos aparecen a mediados de la década de los setenta. El entonces Bergoglio hablaba de “la unidad es superior al conflicto, el todo es superior a la parte, y el tiempo es superior al espacio”. Casi cuarenta años después, en 2010, los retomará como Cardenal de Buenos Aires en la conferencia

²⁶ Cf. J. BERGOGLIO, *Ponerse la patria al hombro*, Claretiana, Buenos Aires 2005, 6.

que impartió con motivo del bicentenario de la Independencia, y ahí agregó un cuarto criterio de discernimiento: “la realidad sobre la idea”. En dicha conferencia sostendrá que se trata de principios que «ayudan a resolver el desafío de ser ciudadano y la pertenencia a una sociedad»²⁷. Ya como Pontífice vuelve sobre esta visión tanto en la encíclica *Lumen Fidei* (nn. 55-57) como en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* (nn. 217-237).

Su invitación versa en “refundar los vínculos sociales, apelar a la ética de la solidaridad y generar una cultura del encuentro” capaz de poner freno a la creciente cultura fragmentada, promovida por la globalización (2005). Pero “refundar los vínculos sociales” pasa por optar por esa mayoría de la humanidad que aún vive en condiciones de pobreza porque para solucionar los problemas del mundo hay que solucionar los de los pobres (cf. *EG* n. 202). Se trata de una opción: construir ciudadanía.

²⁷ Discurso del cardenal Jorge Mario Bergoglio en la *XIII Jornada Arquidiocesana de Pastoral Social* celebrado bajo el lema *Hacia un bicentenario en justicia y solidaridad 2010-2016. Nosotros como ciudadanos, nosotros como pueblo* (Buenos Aires, 16 de octubre de 2010).

* * * *

Francisco ha sido fiel a un deseo a lo largo de su ministerio, esto es, que la vida pastoral y que la acción pública vayan de la mano. En su discurso sobre el bicentenario, en 2010, hizo suyas las palabras del documento *Iglesia y comunidad nacional* escrito por los obispos argentinos en 1981, proponiendo el criterio de la unidad nacional a partir del fomento de una ciudadanía que se viva y opte por el desarrollo del pueblo-pobre. Una unidad en la que cada individuo pasa a ser ciudadano en el seno de su pueblo y a la que la Iglesia debe responder pastoralmente, porque “pueblo es la ciudadanía comprometida, reflexiva, consciente y unida tras un objetivo o proyecto común”.

La conversión de la Iglesia brota de su vida pastoral, a partir de su compromiso por promover y construir ciudadanía, haciendo que cada individuo e institución se comprometan con el desarrollo de los pobres (pueblos-pobres) para que todos seamos ciudadanos y sujetos (pueblo-nación). El rol de la Iglesia en este proceso responde a que ella es «pueblo de Dios encarnado entre los pueblos de la tierra» (*EG* n. 115). ■

SALTERRAE



DOLORES LÓPEZ GUZMÁN
Aquí en el cielo

248 págs.
P.V.P.: 12,90 €

Aunque a veces no lo parezca, las fuerzas del mundo futuro ya se han apoderado de este presente. Lo afirmaba Karl Rahner: la situación de salvación es ya una realidad. La Encarnación, eje fundamental en la experiencia de los *Ejercicios Espirituales*, le puso delante a un Señor que ha abierto una ventana por la que podemos vislumbrar la gloria. Ahora ya no es la tierra la que atrae todo hacia sí, sino el cielo, que seduce a cualquiera con una oferta de liberación y sanación que podemos «tocar», «oler» y «gustar» ya aquí. Aquí en el cielo.


LOYOLA
GRUPO DE
COMUNICACIÓN

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
